



# *Fábulas de robots*



STANISŁAW LEM

*Traducción del polaco a cargo de  
Jadwiga Maurizio*



IMPEDIMENTA



I

LOS TRES ELECTROGUERREROS

Érase una vez un inventor que continuamente ideaba y construía extraordinarios aparatos. Construyó una máquina pequeñísima que cantaba maravillosamente y a la que dio el nombre de pajarolezna. Se hizo un sello con un corazón y ponía esta marca a cada átomo que salía de sus manos, para asombro de los sabios que en sus análisis espectrales atómicos descubrieron aquel reluciente corazoncito.

Este gran inventor construyó muchas máquinas muy útiles, grandes y pequeñas, y hasta se le ocurrió la idea realmente insólita de asociar en una sola cosa la muerte y la vida para así conseguir lo inalcanzable. Decidió crear unos seres racionales a partir del agua, pero nada de espantosos cuerpos blandos y húmedos. Lo que deseaba era crear con el agua unos seres realmente hermosos e inteligentes, es decir, cristalinos.

Buscó un planeta, muy alejado de todos los soles, de cuyo helado océano extrajo unos enormes bloques de hielo con los cuales esculpió a los Criónidas, los nuevos seres por él imaginados.

Pero estos seres solamente podían existir en el frío más espantoso y en el vacío sin sol. Los Criónidas no tardaron en edificar ciudades y palacios de hielo, pero el más mínimo calor representaba su perdición, de manera que se las arreglaron para atrapar las auroras boreales, meterlas en unos utensilios transparentes e iluminar con ellas sus viviendas. Cuanto más poderosos eran los Criónidas, tenían más auroras boreales amarillas y plateadas, y vivían muy felices con sus luces y sus famosas joyas, extraídas de los gases congelados. Adornaban con sus vivos colores su noche eterna, en la que, al igual que espíritus cautivos, aquellas joyas resplandecían bajo la tenue luz de las auroras boreales como mágicas nebulosas en bloques de cristal.

Muchos en el cosmos codiciaban aquel tesoro, pues Crionia podía divisarse desde una distancia enorme, centelleante como una joya girando lentamente sobre un oscuro terciopelo.

Así que varios aventureros llegaron a Crionia para probar fortuna. El primero fue el electroguerrero Cupricio. Comenzó a caminar y sus pasos resonaban sobre el hielo como campanadas, pero al instante el hielo se derritió bajo sus plantas, cayó al océano glacial y las olas se lo tragaron. Y desde entonces sigue Cupricio en el fondo de los mares de Crionia, encerrado como un gusano de seda en su capullo, en su tumba de hielo.

Sin embargo, el fracaso de Cupricio no desanimó a otros osados conquistadores. Tras él llegó a Crionia el elec-

troguerrero Ferricio. Se llenó de helio líquido, que borboteaba dentro de su cuerpo de acero, y la escarcha, al formarse sobre su armadura, lo hacía parecer un enorme copo de nieve. Pero al volar sobre la superficie del planeta, se inflamó debido al rozamiento con la capa atmosférica, el helio líquido se evaporó y se le escapó del cuerpo y Ferricio, reluciente como una flecha al rojo, cayó sobre las rocas heladas, que se abrieron de pronto. Salió de allí en medio de nubes de vapor, como de un géiser hirviente; pero todo cuanto tocaba se convertía en una nube blanca de la que caía la nieve. Así que se sentó y esperó hasta enfriarse. Tan pronto como los copos de nieve dejaron de derretirse sobre los guardabrazos de su armadura, quiso levantarse y lanzarse al combate, pero la grasa de sus articulaciones se había endurecido y no podía ni siquiera enderezarse. Así quedó Ferricio hasta nuestros días; la nieve lo ha convertido en un monte blanco del que solo asoma la aguda punta de su yelmo. El monte se llama desde entonces Monte de Ferricio.

El tercero de los electroguerreros, Cuarciano, se enteró del destino de los otros dos. De día se parecía Cuarciano a una lente pulida, mientras que de noche semejaba el reflejo de una estrella. Este atrevido conquistador no temía que el aceite que lubricaba sus miembros se helara, puesto que no tenía ni que el hielo se rompiera bajo sus plantas, ya que podía permanecer tan frío como quisiera. Solamente debía evitar una cosa: pensar frenéticamente, pues ello recalentaba su cerebro de cuarzo y podía ser su perdición. Sin embargo, decidió intentarlo, seguro de salvar la vida y de triunfar sobre los Criónidas.

Voló hasta el planeta a través de la eterna noche helada de las galaxias, mientras los meteoros metálicos que

durante su vuelo rozaban su pecho estallaban en pedazos, sonando como el vidrio. Llegó por fin sobre las blancas nieves de Crionia, bajo su velo negrísimo.

Cuarciano reflexionó sobre lo que iba a hacer, pero la nieve empezó a derretirse a su alrededor.

—¡Vaya, vaya —dijo para sí Cuarciano—, esto no me gusta! Bien, con tal de no pensar, todo irá bien.

Y el electroguerrero decidió repetir esa frase por si acaso, puesto que no requería ningún esfuerzo mental, y, gracias a ello, no se recalentaría su cerebro. Cuarciano empezó a marchar por el desierto nevado, sin pensar en nada para conservarse totalmente frío. Caminó largo rato hasta llegar a las murallas de hielo de Frigidia, la capital de los Criónidas. Sin pensárselo dos veces, se lanzó de cabeza contra las blancas almenas, hasta que la gente escondida se mostró, pero sin resultado.

—Probemos de otra manera —dijo entonces para sí el electroguerrero, y pensó cuánto eran dos por dos. Tan pronto como se le ocurrió esta idea, su cabeza se calentó un poquito y por segunda vez embistió como un ariete contra las murallas refulgentes, pero así tampoco logró nada.

—No basta —se dijo Cuarciano—. Probemos con algo más difícil. ¿Cuánto son tres por tres?

Esta vez su cabeza se rodeó de una nube de chispas y con el calor de tan intenso pensamiento, la nieve se derritió en el acto. De manera que Cuarciano retrocedió para coger carrerilla, y se lanzó contra la muralla con tal fuerza que la traspasó, y tras ella dos palacios y tres casas de los grafistas helados; fue a caer sobre unas grandes escalinatas, agarrándose a la baranda de carámbanos, pero los peldaños parecían una pista de patinaje. Se incorporó

rápida­mente, pues a su alrededor todo estaba der­ritién­dose y cor­ría el ries­go de ro­dar ha­cia el fon­do y hun­dir­se en el abis­mo gla­cial, don­de que­daría con­ge­la­do por los si­glos de los si­glos.

«¡Calma, calma! Con tal de no pen­sar, todo sal­drá bien —pen­só el elec­troguer­rero—. De­ja­re­mos que las co­sas se en­fríen.»

Sal­ió del tú­nel de hie­lo que se ha­bía abier­to ba­jo su calor y se en­con­tró en me­dio de una gran plaza, pro­fu­sa­mente ilu­mi­na­da por au­ro­ras bo­reales, que par­pa­deaban con su luz es­me­ralda y pla­tea­da en lo al­to de unas co­lun­nas de cris­tal.

Le sa­lió al en­cuen­tro, cen­te­lleante co­mo una es­tre­lla, un gi­gan­tesco ca­ballero, lla­ma­do Bóreo, je­fe de los Crió­ni­das. Cuar­ciano, sin in­mu­tar­se, se lan­zó al ata­que, imi­ta­do por su ad­ver­sa­rio. Se oyó un es­truendo es­pan­to­so, co­mo cuan­do dos ice­bergs cho­can en el Mar del Norte. La re­ful­gen­te diestra de Bóreo ro­dó por el suelo, se­pa­ra­da del tron­co; pero no se a­mi­lanó este; va­lien­te­mente, si­guió pe­lean­do y se vol­vió, pre­sen­tan­do su pe­cho tan an­cho, co­mo un au­tén­ti­co ice­berg al en­emi­go. Este vol­vió a to­mar car­re­ri­lla y nue­va­mente em­bis­tió co­mo un a­riete.

El cuar­zo era mu­cho más du­ro y com­pac­to que el hie­lo, de ma­nera que Bóreo se des­moronó es­tre­pi­to­sa­mente, co­mo un alud ro­dan­do por las ro­cas, y, pul­ve­ri­za­do, que­dó ten­di­do ba­jo la luz de las au­ro­ras bo­reales.

—¡Victoria! —gritó Cuar­ciano, y des­po­jó a su en­emi­go de sus ma­ra­vil­lo­sas jo­yas: anillos in­crus­tados de hidró­geno, bro­ches re­ful­gen­tes, pa­re­cidos a los dia­man­tes, pero tlla­dos en tres ga­ses no­bles: ar­gón, cri­p­ción y xenón. Pero ante aque­llas jo­yas tan her­mosas se in­flamó de em­o­ción, y los bril­lantes, con un sil­bido, se le e­va­po­ra­ron en­tre los de­dos,

hasta que nada le quedó, salvo unas gotas de rocío, que a su vez muy pronto se volatizaron.

—¡Vaya! Está visto que tampoco hay que emocionarse. ¡Bueno, con tal de no calentarse la cabeza, todo saldrá bien!

El electroguerrero siguió adelante por el terreno conquistado. De pronto divisó a lo lejos una forma enorme. Era el general mineral Albucio, cuyo ancho pecho estaba cubierto de varias hileras de condecoraciones parecidas a carámbanos, atravesadas por la glacial faja de la Gran Estrella de la Escarcha. El general, guardián de los tesoros reales, cerró el paso a Cuarciano, que se lanzó a su encuentro como un huracán, y los dos adversarios chocaron con estruendo de témpanos. Acudió en ayuda de Albucio el príncipe Asteroideo, que gobernaba el país del hielo negro. Cuarciano no podía con este nuevo enemigo, pues el príncipe llevaba una costosa armadura nitrogenada templada en helio, y de ella salía tanto hielo que el ímpetu de Cuarciano se debilitó y las auroras boreales palidieron al reinar por doquier el cero absoluto.

Cuarciano entonces se detuvo, pensando: «¡Socorro! ¿Qué pasa?».

A causa de su asombro, se le recalentó el cerebro, con lo que el cero absoluto dejó de existir al templarse la atmósfera, y el electroguerrero vio cómo el príncipe Asteroideo empezaba a desmoronarse, en medio de un gran fragor, hasta que en el campo de batalla solo quedó un montón de hielo negro del que el agua manaba como lágrimas.

«¡Bravo! —pensó Cuarciano—. Con tal de calentarse la cabeza solamente en caso de apuro, todo saldrá bien; mío es el triunfo...»

Y siguió adelante; sus pasos sonaban como si un gigantesco martillo golpeará el hielo cristalino; pisaba fuerte

por las calles de Frigidia, y sus habitantes, angustiados, espiaban sus movimientos desde las ventanas bajo los níveos aleros. Iba Cuarciano volando por la Vía Láctea como un enfurecido meteoro cuando, de pronto, divisó a lo lejos una pequeña figura solitaria. Era la de Barión, el sabio más grande de Crionia, por todos conocido con el nombre de Hielodio.

Cuarciano se lanzó como un rayo para aplastarlo de un golpe, pero el otro se limitó a dar un paso de lado y sin inmutarse no hizo más que un signo con dos dedos levantados hacia su enemigo. Este, sin hacer caso de aquel signo que no entendía, se volvió y arremetió con más furia contra su adversario; pero nuevamente Hielodio se apartó, evitando el golpe del electroguerrero y rápidamente le hizo otra seña con un solo dedo levantado. Cuarciano se extrañó un poco esta vez, disminuyó su empuje, pero volvió a lanzarse al tiempo que reflexionaba sobre aquella aparición tan rara; al calentarse la cabeza, el agua comenzó a chorrear de los edificios más cercanos, pero no se dio cuenta de ello al fijarse en Hielodio, que ahora le mostraba un círculo formado con los dedos de una mano, mientras que con el pulgar de la otra atravesaba el círculo una y otra vez.

Tremendamente intrigado, Cuarciano estaba pensando y pensando en lo que esos gestos podían significar, y se hizo el vacío bajo sus plantas, un agua negra manó del abismo que acababa de abrirse y el electroguerrero cayó como una piedra, hundiéndose en las profundidades, pensando por última vez: «¡Con tal de no pensar, todo saldrá bien!». Pero su suerte ya estaba echada.

Luego, los Criónidas agradecidos le preguntaron a su salvador lo que significaban aquellas señales que le había hecho al terrible electroguerrero.



—La cosa no puede ser más sencilla —contestó el sabio Hielodio—. Los dos dedos levantados querían decir que éramos dos, él y yo. Un dedo solo significaba que de nosotros dos solamente iba a quedar uno. Luego le enseñé el círculo, con lo que le avisaba de que el hielo se abriría a su alrededor y el negro océano se lo tragaría para siempre. Pero nuestro enemigo no supo entender esta señal, lo mismo que no comprendió las otras dos.

—¡Qué gran sabio eres! —exclamaron los Criónidas estupefactos—. Pero ¿por qué hiciste esas señales al espantoso agresor? ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese comprendido y no se hubiera asombrado? Está claro que en tal caso no se le hubieran calentado los sesos y no se hubiera abierto el abismo insondable bajo sus pies...

—¡Ja, ja! Sabía que eso no iba a ocurrir —contestó sonriendo el sabio Hielodio—, pues daba por supuesto que no iba a entender nada. Si nuestro enemigo hubiese tenido una pizca de inteligencia, no habría llegado hasta aquí. ¿Cómo puede venir a nosotros un ser que vive bajo el sol? ¿Qué podía hacer con joyas talladas congeladas y plateadas estrellas de hielo?

Quienes lo escuchaban se asombraron del ingenio del sabio y se volvieron tranquilos a sus casas, donde les esperaba su querido hielo. A partir de entonces, ya nadie intentó llegar a Crionia, pues no había tales tontos en el cosmos, aunque hay quien asegura que todavía quedan bastantes, pero no conocen el camino.